

# LOS LIBROS

## CONFERENCIA

OMER EMETH Y DADA

Omer Emeth hace, en la Universidad Católica, un curso libre sobre la literatura francesa de la post-guerra.

En la segunda conferencia, titulada «Dadaísmo y Superrealismo», no alcanzó, por falta de tiempo, a hablar sino del Dadaísmo. Omer Emeth da gran importancia a esta escuela, ya que, disponiendo sólo de media docena de horas, le dedicó la segunda de ellas, por entero. ¿Qué es el Dadaísmo para Omer Emeth? Un movimiento literario que se caracteriza por la obscuridad y la incoherencia. Una de sus expresiones favoritas, después de leer nos cualquier trozo, era: «pura incoherencia».

Me inclino a creer que Omer Emeth está equivocado. El Dadaísmo era apenas un movimiento literario, y la incoherencia no fué su característica; fué sólo un modo intencional y agresivo de proclamar su desprecio por la literatura. Los dadaístas no tenían más que un objeto: negarlo todo, destruirlo todo. Identidad de los contrarios, igualdad del sí y del no, de la inteligencia y de la estupidez, de la vida y de la muerte. No querían admitir compromisión alguna con esos prejuicios vetustos que consisten en obrar, en producir, en pensar. Georges Ribémont Dessaignes, uno de los jefes del movimiento, publicó en 1931 en la *Nouvelle Revue Française*, fragmentos de la «Historia de Dada»: allí dice:

«La quiebra es el lema de Dada». Poco tardó en quebrar. En 1916, Tristán Tzara inventó la palabra «dada», que tenía como único mérito no significar nada; pero fué sólo en 1919 cuando la idea tomó cuerpo: a fines de 1919 el grupo dadaísta organizaba sus primeras manifestaciones en París: André Breton, Luis Aragón, Francis Picabia, Paul Eluard, Ribémont Dessaignes, Tristán Tzara—padre de Dada—y otros discípulos nuevos se divertían en escandalizar un público, que cándidamente trataba de comprender. (Me temo que parecida aventura esté sucediendo ahora a Omer Emeth). En 1922 Dada había muerto ya. Fiel a sus principios no dejaba una sola obra, ningún dadaísta había agregado una sola palabra a la literatura francesa.

Del punto de vista literario, Dada no tiene importancia. Para el psicólogo, para el moralista, sí, puede tener interés, porque es una de las manifestaciones del desequilibrio engendrado por la guerra y de la desesperación y del nihilismo moral que se apoderaron entonces de la juventud. Los buenos apóstoles de la «prensa seria» nos habían anunciado que el espíritu de guerra daría los más hermosos frutos: abnegación, altruísmo, desinterés, amor de la patria. Dada les contestó y su respuesta era amarga.

Para el historiador, Dada tiene también su sentido. —En 1914-1918, una civilización está moribunda y no ha nacido otra todavía; una inquietud enorme, una confusión absoluta se adueñan de los hombres. Nada simboliza tan bien como Dada esa noche del espíritu.

Mi impresión es que, al escoger como tema el Dadaísmo y el Superrealismo, Omer Emeth ha cedido, más que todo, a la tentación de poner en tela de juicio a todos los poetas difíciles, llámense Rimbaud o Claudel, Mallarmé o Valéry.

En la primera parte de su conferencia, ha recorrido tres siglos de literatura francesa para buscar antepasados a los dadaístas. ¡Vana búsqueda! Pues Dada es por esencia antiliterario. Creo que sólo dos nombres podrían citarse: Artur Rimbaud—el Rimbaud de «Une saison en Enfer» y de las «Illuminations»—, e

Isidoro Ducasse: bajo el nombre de Comte de Lautreamont éste publicó en 1869 «Les Chants de Maldoror», enorme poema en prosa, lleno de gritos pueriles, muecas grotescas, obscenidades: tinieblas donde afloran a veces las fosforescencias del genio. Pero, sin duda, para los dadaistas, Rimbaud y Lautreamont no eran poetas, sino visionarios de un mundo misterioso desconocido por el vulgo, y profetas del desorden y de la destrucción.

En cuanto a los demás poetas citados por Omer Emeth, no tienen nada que ver con el dadaísmo: ni La Fontaine de quien leyó algunos versos de flúida música; ni Gérard de Nerval con su soneto famoso:

«Je suis le ténébreux,—le veuf,—l'inconsolé,

«Le prince d'Aquitaine á la tour abolie».

ni Paul Verlaine—, cuyo «Arte Poético» es el antípoda del Dadaísmo. «De la musique avant toute chose» aconseja Verlaine; Dada aborrece la música. —«Prends l'éloquence et tords lui son cou» dice también Verlaine; y, precisamente la elocuencia es tal vez la única concesión de Dada a la literatura: cierta elocuencia bufa, hiperbólica y teatral que divierte en los «Manifestos Dada»:

«Avant de descendre parmi vous afin d'arracher vos dents  
« gatées, vos oreilles gourmeuses, votre langue pleine de chan-  
« cres,

«Avant de briser vos os pourris,

«Avant tout cela,

«Nous allons prendre un grand bain antiseptique,

«Et nous vous avertissons:

«C'est nous les assassins».

Nerval, Verlaine, y con ellos Mallarmé y Valery, y tantos otros citados al paso por Emer Emeth, podían tal vez haber motivado más bien un estudio del debate que sobre la «Poesía

pura» suscitó hace ya cinco años otro presbítero, que también se ilustró en la crítica literaria: el abate Henri Brémond. Allí podrían haberse confrontado útilmente las dos tendencias: claridad absoluta, vigor, elocuencia, por un lado, y por el otro, media luz, fluidez, refinamiento; podía haberse mostrado como, desde cuarenta años, desde el apogeo del simbolismo, esta segunda tendencia predomina y va haciendo de la poesía francesa un arte accesible sólo a los iniciados. Pero, es mucho atrevimiento de un simple aficionado, el querer indicar el conferencista sus temas. Omer Emeth sabrá perdonármelo.—MAURICIO FABRY.



«LA REVOLUCIÓN RUSA Y LA DICTADURA BOLCHEVISTA», por  
*Enrique Molina.*

Llamaron la atención, hace poco, las conferencias sobre Rusia que dió en la Universidad de Chile el Presidente de la de Concepción, don Enrique Molina; el interés que despertaron en el público fué tanto, que muchas personas se quedaron sin oírlas: la sala repleta antes de la hora hacía difícil hasta el acceso del mismo conferenciante.

Un doble motivo provocó ese movimiento.

Por una parte, el prestigio del maestro que iba a tomar la palabra, su fama de orador, la reconocida ecuanimidad de su criterio, la amplia versación filosófica, histórica y sociológica que le confieren elevada autoridad y los estudios especiales que sobre la materia ha realizado.

Por otra parte, era valentía abordar esta materia en un ambiente que no se distingue por la benevolencia ni por la tolerancia aun hacia las más altas personalidades, cuando media la sospecha de que sus ideas no se conforman exactamente a las suyas o a las que reciben nombre de tales. Experiencias recientes